

*EL SACRE DE QURAISH**

Adiós.

Adiós, mis gentes.

El dolor lacerante de las frescas heridas

va con mi corazón,

mientras exista.

Mi alma,

como las altas cumbres poderosas,

lleva ligera el peso de la enorme tragedia

de un continente a otro,

buscando en los rincones de las sombras

un destello de aurora.

A mi alma, gentes, mías,

la combate

el anhelo de vuelta del verso.

Mi alma intuye,

a pesar de lo amargo del errar,

de este fatal destino que separa,

a pesar del exilio y del viento,

mi alma intuye el camino

* * *

* Es curioso observar cómo, para este poema de “ataque y conquista”, el poeta ha adoptado el título que se dio el primero de los Omeyas españoles, ‘Abderrahmán I. Como se sabe, Quraish era el nombre de la tribu del profeta.

Si pudiera cumplirse los sueños.
Si me brotaran alas de repente
y montara en la nave de los vientos.
Si cayera de pronto en la guarida, antes de la batalla,
iría de árbol en árbol
saltando, a la trinchera;
alerta a un resplandor, al menor movimiento...
Una bomba, en la mano;
con la otra, empuñando la ametralladora.
Con el dedo convulso y deseoso
de apretar el gatillo.
Del tiempo que precede a la cosecha.